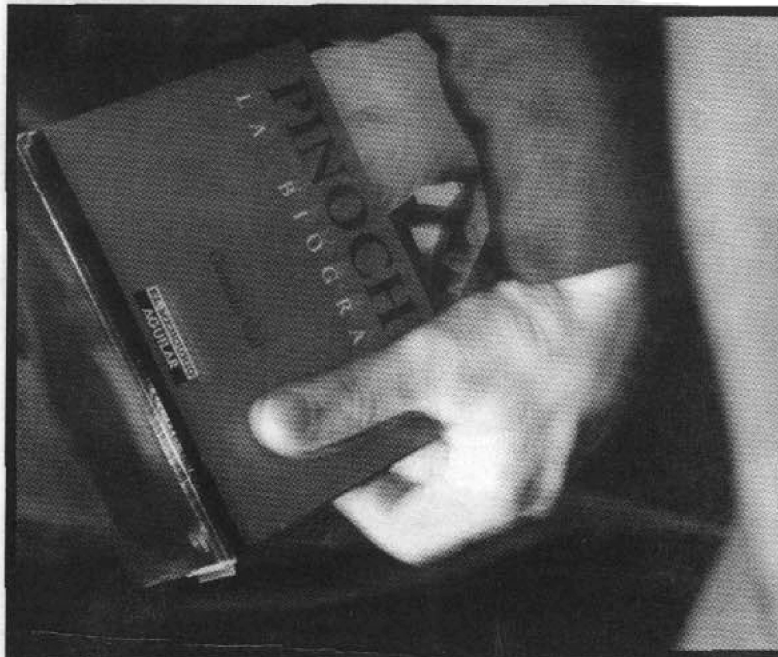




LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

El lanzamiento de la biografía de Pinochet, escrita por Gonzalo Vial, no tuvo ninguna gracia. Fue en familia y los tiempos ya no están para llamativas patochadas. Igual, aunque los gorilas se vistan de seda, gorilas quedan.

Por Alvaro Díaz Fotos: Fernando Rodríguez

EDGARDO

Llego atrasado. Una periodista de radio Cooperativa me detiene en la entrada del salón de Casa Piedra donde se lanza la biografía de Pinochet. "Te perdiste lo de Boeninger", me dice. Edgardo Boeninger está hablando todavía. Sus palabras no son del agrado de la concurrencia, pues señala que Pinochet fracasó en su proyecto político y va a pasar a la historia como un personaje odioso. "¿Qué dijo Boeninger?", le pregunto a la periodista. La reportera se ríe y me explica que lo llamativo —y, sin duda, gracioso— no es lo que dijo sino cómo lo dijo. Resulta que el designado senador y actual candidato progresista a la Presidencia de la República perdió completamente la voz en un momento de su intervención. Una majamama de reflujo irritó su garganta al punto de convertir su discurso en una delgada vibración, que causó la desesperación de algunos, que corrieron en busca de inútiles vasos de agua, la incomodidad de otros y la sorna disimulada del resto, la mayoría, a juicio de la periodista. Como llegué a la cola de sus pa-

labras, sólo puedo repetir lo que me contaron. Para colmo, el aplauso final fue fúnebre. Unas tenues palmas de enojada cortesía que sólo ponían en evidencia la calidad de convidado de piedra del anciano parlamentario.

HERNÁN FELIPE

La presentación alcanza un tranco natural con Hernán Felipe Errázuriz, quien, en tono sereno y neutro, dice una desfachatez tras otra. "En los grandes temas, el General Pinochet estuvo casi siempre en lo correcto". Sin arrugarse, da fe de lo insostenible: "El general Pinochet se distinguió por no aferrarse al poder". Y sigue: "...evidente equilibrio, noble generosidad...". Cómo alguien que viva en Occidente, haya visto televisión alguna vez y sepa leer, puede asociar esos benignos conceptos a un ser tan consensualmente reprobable como Pinochet. Si hablar bien de Pinochet hoy día es como defender al Ku Klux Klan, a Hitler o al asesino de Lennon. Hablar bien de Pinochet es un acto circense. "Esta es la biografía de un rea-

lizador, a mi juicio, el mayor de nuestra historia", termina. Aplauso cerrado.

GONZALO

Gonzalo Vial toma la palabra. "Pinochet es una figura desmesurada, un hombre de tamaño más que natural.



Son tan grandes sus transformaciones, que podríamos considerarlo un Gulliver en el país de los enanos". Se retuerce en su tumba Jonathan Swift con la analogía. Vial está hablando del mismo Pinochet que conocemos todos, ese anciano decrepito, iletrado, abusador, egoísta, ordinario, miserable,

ramplón, arribista, injusto, cobarde, criminal, ladrón, rudimentario y fresco. "Pinochet transformó al país, y al transformarlo hace cosas muy buenas y cosas muy malas". Uno sólo se acuerda de las malas, que son muchas y muy malas.

EL RESTO

A estos lugares ya no convidan a las viejas pinochetistas y no se ven uniformes. El rasquerío se ha dejado para los momentos estrictamente necesarios, que cada vez son menos. Al cóctel se quedan Julio Dittborn, Jorge Martínez Bush, Mary Rose Mac Gill, Cristián Labbé, Pablo Barahona, Mónica Cerda, Alicia Romo, Arturo Fontaine Aldunate, Alvaro Bardón, Alberto Cardemil y Sergio De Castro, entre otros. Están viejos y la cara de malos se les ha ido por un rato. Ahora que están al alcance de la mano uno se pregunta por qué los odia tanto, si son de carne y hueso, mortales al fin y al cabo, simpáticos y cordiales de vez en cuando. Se les odia por costumbre. Eso es todo.

227 959